

# GALERÍA





## «El pintor de la selva»

Muestra de César Calvo de Araujo

Detrás del silencio y del humo se agazapaban los colores como un río de fuego. Era la presencia de César Calvo de Araujo en la sala de mi casa. A lo largo de horas, en los lejanos años sesenta, mis hermanos y yo lo contemplábamos abismado en su ritual cotidiano: desplegar el caballete, disponer el lienzo, abrir la caja de óleos, mezclar los colores en la paleta y trazar unas líneas —todavía escuchu el rasgueo sobre la tela—; durante nuestra infancia nunca supimos qué brotaría de ese repentino esbozo de grafito ni del incendio de matices que nacían de su espátula salvaje. Sin embargo, él permanecía imperturbable y duro como un lagarto al sol.

Sentado al borde del sillón, su postura era erguida y precisa. El perfil del hermano de mi madre no perdía jamás el gesto contraído, bajo una frente comba, ni la rectitud de la espalda ni la tiesura de sus piernas. Solo su brazo derecho rompía la quietud del aire, bien para pintar o bien para aspirar el humo de sus amados cigarrillos; cada bocanada significaba un estacazo de hechizo amazónico sobre el cuadro que empezaba a descubrir las tinieblas y la luz solar, las difuntas aguas de los pantanos, las canoas de las riberas, las hogueras en la espesura y los recios habitantes de la montaña. Para nosotros, niños católicos, era lo más parecido al milagro del Génesis.

Al mediodía almorzábamos juntos. Departía muy bien con mi padre, aunque continuaba ensimismado y parco; de pronto una frase y su risa estruendosa sacudía su barba de profeta. Varios años estuvo en casa, tal vez cuatro o cinco, en los que admiramos su personalidad múltiple y creativa: pintó numerosos cuadros, hizo sus primeras esculturas en arcilla, realizó una exposición de arte en la sala comedor, escribió crónicas para el diario *El Comercio* y llegó, incluso, a confeccionar una colmena de abejas en el jardín con la ilusión de recoger su propia miel. Luego se marchó a la selva; recuerdo aquellos trajines previos: además de embalar sus telas y pinturas, recolectó muchos libros, cuadernos y lápices. En la comunidad campesina de Santa Sofía, a la vera del río Utuquinia, muy lejos de la civilización, fundó una granja cooperativa y una escuela estatal. Pocos años después supimos de su rara enfermedad; volvió a nuestra casa algunos meses, muy disminuido físicamente, pero continuó pintando y escribiendo con sus mismos afanes de belleza y denuncia social; luego fue trasladado al hospital Daniel Alcides Carrión, donde falleció en octubre de 1970 (J. E.).







































